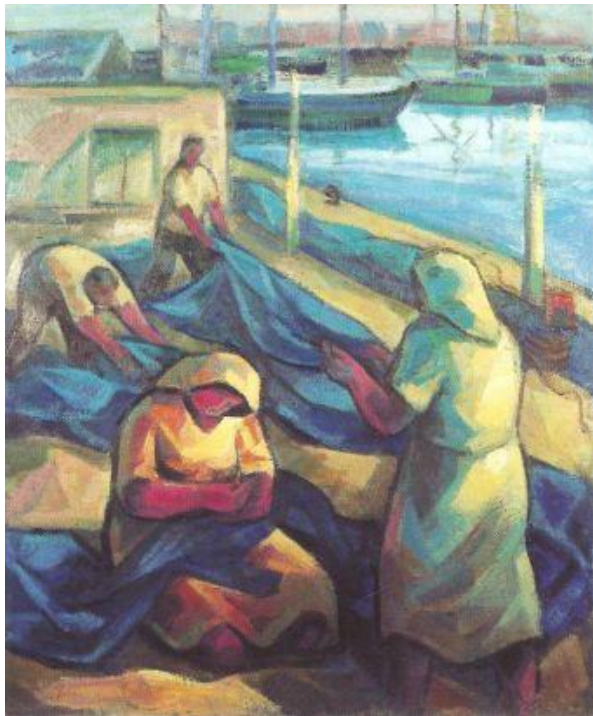




En la familia no hay antecedente artístico alguno, no obstante ser la madre muy proclive al gozo de la música y el teatro popular, lo que revela sensibilidad en un ambiente poco propicio para ello.

El trasfondo de la familia (el matrimonio y ocho vástagos) es el campo. Y del campo viven. Alfonso nace delgadito, mala cosa para el campo. Por no tener, Alfonso no tiene en la infancia ni colegio al que ir. La familia no puede permitirse el lujo de mandar al hijo a un colegio de pago. Ni siquiera a uno público. Le enseña a leer, escribir y las cuatro reglas elementales un maestro que iba por los campos, don Miguel Neira. Su método no excluía ponerle de rodillas encima de los guijos cuando algo no le entraba en la cabeza. En el campo, el débil niño nace para el campo y la labranza. Y en el campo se hace labrador de sueños imposibles.

Alfonso Guerra Calle entrecierra los ojos y respira profundo evocando los lejanos y siempre próximos años de la infancia. En torno suyo, todo es pobreza y miseria llevada con la ejemplar dignidad de los humildes, que señaló Miguel de Unamuno.

El secano canta en los abrojaes y en las sedientas torreteras y en las agonizantes ramblas y en los agostizos trigos.

El secano es campo y sólo campo, donde así que se le enderezan las piernas y la voz se le afina Alfonso Guerra Calle es enviado a pastorear animales, porque su naturaleza se revela frágil para la labranza. Pero el arte es más fuerte y no tarda en llamar al soñador al sueño. Como Miguel Hernández en Orihuela, poeta-pastor que en su tiempo le nombraron, Alfonso Guerra Calle, pintor-pastor que en nuestro tiempo se le nombra, imaginando caminos se encuentra con el camino. Machado nos enseñó que el camino no está trazado de antemano por nadie, que el camino se hace al andar, andando cada quien el propio camino, su camino.

Alfonso Guerra Calle echa la pira de cerdos a buscarse la vida por el campo mientras deja la imaginación volar por libre. Sin ánimo de dramatizar, justo es reconocer que el pastorcito de Junt de los Ríos no tiene lápiz ni pinceles... Como no los tuvo en su Entrambasmiestas natal en ninguneado paisajista cántabro Agustín Riancho, cuyo primer dibujo lo realizó en la pared con un tizón tomado prestado al fuego del hogar.

Pero tiene Alfonso imaginación. Y la imaginación todo lo puede

Sin saber cómo ni exactamente cuando, Alfonso recuerda ahora, lo recordará siempre, que su primer útil de dibujo fue un simple trozo de vidrio y el primer soporte sobre el que dibuja : la hoja de una pita, la pala de una chumbera. Cuando los trazos se secaban, en la pita quedaba un grabado.

El no lo sabe, Pero, en ese momento, el destino ya está trabajando su futuro, predisponiendo su destino.

Alfonso dibuja tan requetebién con tan humildes elementos que no tarda en llamar la atención de los familiares, amigos y vecinos.

En la vecindad, pronto se corre la especie e que hay entre ellos un alumbrado que pinta.

Ay si el zagalico tuviera maestro, quien le llevara de la mano por el buen camino. Ay si el zagalico encontrara el modo de afirmar el modo que nace en él tan espontáneamente como el agua en la prieta peña, Ay que buen vasallo del arte sería el zagalico si un buen señor lo acogiera y protegiera.

El destino echa una mano de lo que más a mano el zagalico tiene: un tío le aconseja al padre que lo mande a estudiar a Madrid, donde han parientes; pero es el catedrático Juan Bautista Ramírez Caro el que le convence definitivamente. El padre le da 500 pts. lo mete en el tren y le dice ¡Dios sea contigo!.

En Madrid, los tíos le buscan una pensión a tono con su parca economía. Llegado, a la gran ciudad, Alfonso no puede por menos de